

Rusia y Prusia para el reconocimiento oficial del joven reino de Italia, y con razón se creía que la decisión y buen éxito del gobierno italiano en la sofocación del movimiento intentado en la Lombardía, habían contribuido en gran parte á disponer á las potencias en favor del nuevo reino de Italia, y que de consiguiendo su actitud más débil en el movimiento de Sicilia podía anular esta disposición favorable. Tal fué la razón por que Rattazzi y el general Durando, nombrado ministro de Negocios extranjeros, declararon en los términos más precisos que impedirían toda tentativa que pudiera poner en peligro la tranquilidad y seguridad de Italia, y en su consecuencia fué reemplazado por el general Cugia el prefecto de Palermo Trivulzio Pallavicini, que parecía proceder con demasiada flojedad; se reforzaron las tropas acantonadas en la isla, y el mismo rey publicó en 3 de agosto un manifiesto en el cual hizo saber el reconocimiento del reino de Italia por la Rusia y la Prusia, y amenazó con todo el rigor de la ley á cuantos excitaran á la guerra civil escuchando sólo su culpable impaciencia. Aquel mismo día declaró Rattazzi en el Parlamento que Garibaldi sería juzgado y castigado como cualquier otro individuo si traspasaba los límites de la ley; pero todas estas advertencias no fueron oídas, porque Garibaldi, auxiliado por el subprefecto de Corleone que le entregó las armas de la guardia nacional, se puso á la cabeza de ochocientos voluntarios y emprendió su marcha hacia la costa oriental de la isla. Perseguido por los generales Ricotti y Mella, que probablemente hicieron en cuanto pudieron la vista gorda, tomó Garibaldi al principio la dirección de Mesina; pero desviándose después sobre Catania entró en esta ciudad el 19 de agosto con tres ó cuatro mil hombres, y en una proclama llena de ataques al ministerio y de seguridades de obediencia y fidelidad al rey, excitó á la nación á levantarse, diciendo: «Estoy decidido á entrar vencedor en Roma ó morir al pie de sus murallas. Si perezco, confío en que vosotros vengaréis dignamente mi muerte y concluiréis mi obra. ¡Viva Italia! ¡Viva Víctor Manuel en el Capitolio!»

Sin ser molestado por las tropas reales, á las cuales entretuvo Menotti, hijo de Garibaldi, con un ataque fingido contra Mesina, se apoderó de dos vapores correos franceses que se hallaban en el puerto de Catania, en los cuales embarcó dos mil quinientos hombres, «apretados como sardinas en barril,» dice Garibaldi en sus *Memorias*, que no podían moverse en la cubierta ni menos defenderse en caso de un ataque. Dos fragatas italianas, el *Duca di Genova* y el *Vittorio Emmanuele*, tenían orden de impedir la travesía; pero no lo hicieron, «con honor sea dicho de sus comandantes,» añade Garibaldi en su relación, y se excusaron diciendo que les había inducido á error el ver la bandera francesa en los dos vapores. La expedición verificó, pues, la travesía con toda felicidad el día 24 de agosto de 1862, desembarcando cerca de Melito, como en 1860. Los ochocientos hombres que habían quedado en Catania fueron hechos prisioneros al día siguiente por las tropas reales.

Lamármora entretanto, como prefecto de Nápoles, había declarado el esta-

do de sitio en el continente y había enviado tropas á las órdenes del coronel Pallavicini contra los aventureros. Para evitar en lo posible toda colisión con las tropas reales, dejó Garibaldi el camino de Reggio y llegó el 29 de agosto con su gente, extenuada de hambre, á la meseta de Aspromonte, donde los habitantes de las inmediaciones le proveyeron de víveres; pero también les siguió Pallavicini y mandó hacer fuego contra los voluntarios, «como sobre bandoleros y quizás con más rigor,» según dice Garibaldi en sus *Memorias*. Los voluntarios contestaron también á tiros, pero solamente en el ala izquierda que mandaba Menotti, porque Garibaldi quiso evitar todo combate. No obstante, le alcanzaron dos balas, de las cuales una le hirió bastante mal en el pie derecho. Después de una corta lucha se rindieron los voluntarios y fueron desarmados.

El 30 de agosto, Garibaldi fué trasladado en una fragata italiana á la Spezzia, adonde llegó con una escolta que más bien parecía guardia de honor que destinada á custodiarle. Acudieron muchos agentes para vigilarle, pero mayor fué el número de médicos para curarle, el de patriotas para aclamarle y el de turistas ingleses para repartirse como reliquias todo lo que había tocado. Quedaba una grave cuestión por resolver: el desenlace de este asunto. ¿Qué se haría del popular rebelde? ¿Se le sometería á un proceso? ¿Qué tribunal le juzgaría? ¿El Senado? ¿Un consejo de guerra? Afortunadamente para el gobierno, por entonces ocurrió un suceso que vino á sacarle del apuro. Se acababa de anunciar el casamiento de la princesa María Pía, hija de Víctor Manuel, con el rey Luis de Portugal, y este fausto acontecimiento podía servir de pretexto natural para una amnistía. Así se hizo; Garibaldi se retiró á Caprera á fines de diciembre después de haber sido amnistiado él y sus compañeros el 5 de octubre, y el rey pudo envanecerse de su clemencia ahorrándose los enojos de un proceso.

En la corte de las Tullerías se habían seguido con gran curiosidad las fases de la tentativa de Garibaldi. Hasta entonces el emperador se había mostrado perplejo entre Turín y Roma, gastando sus energías en conciliar lo inconciliable. En tal disposición de ánimo estaba cuando ocurrió la tentativa de Aspromonte. Los insultos que le dirigió en esta ocasión Garibaldi le encolerizaron: las agitaciones de Italia disminuyeron su fe en el nuevo reino, y á consecuencia de esto apareció en el *Monitor* una nota en que se confirmaban en términos más enérgicos que de costumbre los deberes de la Francia para con el Padre Santo. «Debe saber el mundo, añadía el órgano oficial, que Francia no abandona en el peligro á aquellos á quienes ha extendido su protección.» Lo más gracioso del caso fué que el gobierno italiano, lejos de disculparse por la rebelión reprimida, hizo hincapié en ella para reclamar el auxilio de las potencias de Europa á fin de que desapareciese el poder temporal del Papa.

El general Durando, ministro de Negocios extranjeros de Italia, expidió el 10 de septiembre de 1862 un despacho á sus agentes diciendo que toda la nación clamaba por Roma como capital; que sólo había resistido al empuje

irreflexivo de Garibaldi porque contaba que el rey satisfaría el anhelo nacional, y que él mismo pondría término á aquella situación insostenible aun á riesgo de turbar la paz de Europa.

En los consejos del emperador los pareceres eran encontrados. Thouvenel insistía en que el emperador fijara un plazo para la terminación de la ocupación de Roma por sus tropas, en lo cual le apoyaron casi todos los ministros, Billault, Rouher, Persigny, Fould, Rouland, Baroche, Delangle y Chasseloup, así como Morny y Troplong. Defendieron la causa del Papa sólo Walewski, Randón y Magne, pero tenían á la emperatriz por aliada poderosa. La Guernonniere, que había escrito muchos artículos por encargo del emperador y que desde el mes de agosto defendía con Vieil Contel los intereses del Papa en el periódico *La France*, recientemente fundado, pidió un congreso europeo que decidiese la cuestión en el sentido de una confederación italiana.

Pero el 17 de octubre, un verdadero golpe de Estado diplomático marcó claramente la nueva tendencia de la corte francesa. El emperador destituyó á Thouvenel dorándole la píldora en una carta llena de frases lisonjeras, y en su lugar nombró ministro de Negocios extranjeros á Drouyn de Lhuys, al que sacó del retiro en que vivía hacia siete años y cuyo programa era aproximación al Austria, mantenimiento del *statu quo* territorial y estricta observancia de los tratados. Para el puesto de Lavalette en la embajada de Roma nombró al príncipe de Latour d'Auvergne, hermano de un cardenal y muy adicto á la política conservadora, y para el de Benedetti en la embajada de Turín al conde de Sartiges. Algunos individuos del gabinete, entre ellos Persigny, Rouher, Fould y Baroche, le anunciaron sus dimisiones, pero no las aceptó.

La crisis perdió su importancia para la política interior, y para la exterior su efecto fué más negativo que positivo; pues se aplazó la cuestión de evacuación de Roma, y los despachos de Drouyn no dejaron ninguna duda de que en las Tullerías se había renunciado á toda tentativa de mediación y se estaba decidido á dejarlo todo en la situación en que estaba. Así el ministro dijo en 26 de octubre que las expresiones de Durando, á pesar de sus formas amistosas y moderadas, no ofrecían suficiente base para deliberaciones por parte de la Francia. En Roma se propuso otra vez, por supuesto sin resultado, la antigua idea de obtener la garantía de las potencias europeas á favor de las provincias que el Papa conservaba todavía, sin renunciar expresamente á las que había perdido, es decir, la idea de un congreso. Habían resultado inútiles todas las negociaciones. La Inglaterra hizo una nueva tentativa para auxiliar á los italianos, á cuyo fin propuso en París entregar la ciudad de Roma á los romanos y poner la isla de Malta á disposición del Papa por si quería trasladar allí su residencia; pero ambas proposiciones encontraron la mayor resistencia. Tales como estaban las cosas, sólo podía resolverse esta cuestión complicada por medio de las armas ó por el tiempo, que todo lo calma.

La situación fué para el ministerio Rattazzi la sentencia de muerte, porque

había perdido el contacto con los elementos republicanos de la nación por el suceso de Aspromonte y desde un principio no había sido simpático á los elementos moderados. Así es que se derrumbó á la primera embestida seria, que ocurrió cuando al volverse á reunir el Parlamento en 18 de noviembre, después de algunas semanas de suspensión, Buoncompagni dirigió una interpelación sobre los sucesos últimos. Esta interpelación suscitó un debate que duró muchos días, en cuya consecuencia Rattazzi, antes de su terminación en 1.º de diciembre de 1862, anunció la retirada del ministerio. Para la formación de otro nuevo llamó el rey á Farini, que aunque enfermo aceptó la presidencia sin cartera, encargándose de la de Hacienda Minghetti, de la de Negocios extranjeros Pasolini, de la del Interior Peruzzi, y de las demás Rovere, Ricci, Menabrea, Amari, Pisanelli y Manna. En el discurso de presentación del ministerio á las Cámaras, el nuevo presidente del Consejo pronunció estas graves palabras: «La nación cree haber llegado el tiempo de aplicarse con energía al arreglo de los asuntos interiores;» y Pasolini completó esta declaración participando al embajador francés, el día de Navidad, la resolución del gobierno de aplazar la cuestión romana, si bien el ministerio participaba de la opinión del país de que Roma era la capital natural de Italia, y no dejaría de volver á emprender las negociaciones con el gobierno francés siempre que se ofreciese la posibilidad de entenderse con él.

En efecto, á principios de 1863 Pasolini envió á París al indispensable Arese con el objeto de que explorase de nuevo los propósitos del emperador acerca de Venecia, del Tirol italiano y sobre todo de Roma, pero disfrazando su misión con una oferta de auxilio, porque los asuntos de Grecia, de Polonia y otros hacían presagiar muchas complicaciones, y si Napoleón desnudaba la espada no le faltaría la ayuda de Italia y pelearía á su lado como en 1855 y 1859. El emperador dió esperanzas al enviado italiano en lo que atañía á Venecia y al Tirol; mas con respecto á Roma se limitó á contestarle: «Creedme, estaos quietos y tranquilizad al Papa;» y luego añadió estas palabras como pronunciadas al azar: «Dejad que el Padre Santo tenga la convicción de que no le atacaréis; entonces procuraré retirar mis tropas, y después haced lo que queráis.»

A pesar de estas palabras, Arese salió de París bastante desalentado y escribió á su ministro: «El aire que aquí se respira no es favorable, ni poco ni mucho.»

Con esto desapareció la cuestión romana por algún tiempo del primer término de la política.